

ALISSA BRONTË

**LAS MANIOBRAS**

*DEL AMOR*



ALISSA BRONTË

**LAS MANIOBRAS**  
*DEL AMOR*



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-08-1  
Depósito Legal: CS 727-2023  
© del texto, Alissa Brontë  
Corrección, Mercedes Pacheco

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*A Rosa, por su infinita paciencia al explicarme cómo  
funciona su trabajo desde dentro.*

*A los bomberos y demás personal de Emergencias del  
Aljarafe, por contestar mis preguntas sin quejas, y eso que  
les hice más que los niños que nos acompañaban.*

*A todas esas mujeres que se atreven a abrir las puertas a  
profesiones que se consideran masculinas.*

*Gracias por luchar por todas.*

*Y a vosotras, lectoras. Gracias por estar siempre.*



# PRÓLOGO

## GRANADA, OTOÑO DE 2023

Las cosas malas siempre sucedían de noche, así fue cuando sus padres los dejaron una noche que parecía ya lejana, y así era en ese momento. Lo supo en cuanto el ajeteo en la casa la despertó.

Al bajar a la cocina, con los ojos llenos de un sueño que no había sido suficiente, vio a su hermano y al mejor amigo de este hablando alterados, con cara de preocupación, así que imaginó que algo terrible había ocurrido. No necesitaba que dijeran nada. No era necesario. Sus rostros, pálidos como la luz de luna llena, hablaban por ellos.

Al verla, parada allí de pie, frente a ellos, con el pijama desgastado, pero que se negaba a tirar porque era muy cómodo, cerraron los ojos a la vez, como arrepentidos por haberla despertado; cómo preguntándose de qué forma le dirían lo que fuera que los tenía en ese estado.

—¿Qué... qué ha pasado, César? —preguntó a su hermano que agachó más la cabeza y se llevó los dedos a la nariz, pellizcándose el puente varias veces.

—¿Tú tampoco vas a contármelo, Julio?

Miró a ambos de nuevo y se acercó un paso.

La cocina estaba poco iluminada. Solo algunos de los focos del techo se habían encendido y parecía que iban a algún lado. Al menos Julio lo parecía, ya que su macuto estaba en el suelo y podía ver, incluso desde esa distancia, que iba lleno hasta los topes. Estaba segura de que alguna tragedia había estallado. Lo que no tenía tan claro era en qué parte del mundo habría sido.

—Está bien, ¿qué es? ¿Ninguno vais a decirme nada? —insistió seria y con la voz cortante, esperando que alguno de los dos tuviera los huevos de contarle qué era lo que sucedía.

No podía evitarlo. A cada segundo que transcurría, la sensación de miedo iba creciendo en su estómago y se extendía como un lento tóxico por sus venas. En breve, no podría ni moverse del sitio. Era el peor entre los venenos. No había antídoto para el miedo.

—Teresa... —comenzó Julio a decir.

—Yo se lo diré —interrumpió su hermano a este, y eso la hizo temblar más.

Debía ser algo muy grave que, de alguna forma, la afectaba, pero no era capaz de adivinar el motivo.

—¿Qué ha pasado, César? —volvió a formular, aunque esta vez su voz apenas fue un pequeño y filo hilo.

—Nos han pedido ayuda. El equipo al completo saldremos a una misión de ayuda. Ha habido... un fuerte terremoto en una zona costera que ha causado muchos daños. No solo materiales, también personales. No han podido facilitarnos una lista de los desaparecidos ni del número de víctimas —barbotó de forma atropellada su hermano. Eso le pareció más extraño todavía, ya que, por lo general, la «lista de desaparecidos» no era un dato que tuvieran hasta llegar al lugar del suceso.

Teresa escuchaba con detenimiento cada palabra.

No le extrañaba, ya que el equipo de su hermano era uno de los que estaban especializados en este tipo de situaciones, y se les reclamaba cada vez que sucedían catástrofes como esa, por todo el mundo. ¿Por qué tanto misterio, entonces?

—Entiendo, voy a preparar mis cosas —dijo al cabo de unos minutos en los que el silencio no dejaba de gritar en sus oídos.

—Pensamos que es mejor que no nos acompañes en esta ocasión —soltó Julio sin previo aviso, dejándola clavada en el sitio.

César lo miró con fastidio. Estaba claro que no le había gustado esa manera de decirlo.



Teresa pestañeó un par de veces para enfocar bien la vista. Algo le decía muy adentro que lo que había pasado estaba relacionado con ella, pero ¿qué podía ser?

—¿Perdón? ¿Desde cuándo no soy bien recibida en una situación de emergencia, subteniente? —preguntó molesta. El miedo estaba dando paso a una sensación más incómoda: la rabia.

—No, Julio —comenzó su hermano, sin dejar que este le explicara la situación—. Lo haré yo. Será mejor que me esperes fuera. Necesito hablar con mi hermana. A solas, por favor.

El aludido resopló, molesto, pero cogió el macuto del suelo y salió de la cocina para dirigirse a la calle.

En su camino rozó el hombro de Teresa y la miró un instante a los ojos. Ahí seguía, esa misma mirada que había deseado ver muchas veces en otro tiempo; uno que no volvería, porque alguien había cambiado su visión de todo.

«¿No sería...? No, no podía ser, ¿verdad?».

De pronto, pensar en esa posibilidad la hizo temblar.

Se acercó a su hermano con paso indeciso y los ojos llenos de unas lágrimas que trataba de retener a toda costa, pero la certeza iba ganando terreno con cada paso que daba hasta donde su hermano la esperaba con los brazos abiertos, ofreciendo, por anticipado, un consuelo que iba a necesitar.

Su respiración se volvió una sucesión de jadeos entrecortados y, cuando estuvo a su lado, se dejó caer entre sus brazos y pasó sus propias manos alrededor de la cintura de su único familiar.

—César, por favor..., dime que no ha sido allí —suplicó en un susurro.

—Lo siento, enana. Ha sido allí. Además, cerca de su base militar. Al parecer, no tienen aún la lista completa de supervivientes, desaparecidos y víctimas. Su nombre no aparece en ninguno de los registros. No saben nada de él. He hablado con su superior, que me ha pedido que te lo comunicase. Por lo visto, dejó escrita una carta dirigida a ti en caso de que algo... ocurriera.

El cuerpo pequeño de Teresa empezó a agitarse por el llanto que le sobrevino haciendo que la envergadura del de su hermano no fuera suficiente en ese instante.

César no pudo hacer otra cosa que abrazarla, ya que era consciente, al igual que el silencio que los arropaba con su pesado manto, que era muy probable que hubiese... muerto.

—Enana... —susurró mientras le acariciaba la cabeza con delicadeza—, es una posibilidad que hay que...

—No, César. No lo digas. Ni se te ocurra decirlo —protestó alejándose unos pasos del calor de su hermano.

Un escalofrío la recorrió, dejándola helada. No quería creerlo, pero el pensamiento se paseó por su cabeza y la hizo doblarse de dolor.

Se giró a toda prisa, en busca de un baño al que no logró llegar a tiempo: la arcada la partió en dos y le hizo vomitar lo poco que tenía en el estómago. Las náuseas se prologaron unos segundos, sin embargo no fueron suficientes para sacar el dolor que la ahogaba por dentro.



César, sin poder hacer nada más, la dejó acabar y, después, la abrazó con fuerza. Con tanta intensidad como pudo, tratando de que el cuerpo de su hermana dejara de tiritar.

Una lágrima rodó por su rasposa mejilla. Se sentía tan... impotente. Era su hermana pequeña, y ya habían sufrido mucho en la vida. Ya habían perdido mucho en su corta vida. No se merecía pasar por eso. No se lo merecía. ¿Cuándo iba a dejar el destino de cebarse con ellos? ¿Cuándo iba a dejar de ser tan cabrón? ¿Les llegaría la felicidad y la paz en algún momento?

Teresa no dejaba de llorar, mientras en su cabeza se reproducían todos los posibles escenarios, y todos acababan de igual manera, pero, aun así, debía ir.

Si de verdad lo había perdido para siempre, quería, al menos, poder despedirse de él. Lo necesitaba.

—César, me voy con vosotros —consiguió articular entre sollozos—. No puedes dejarme aquí. Si de verdad él... ya no está —murmuró temiendo atragantarse con esas palabras—, necesito comprobarlo por mí misma. Despedirme. No quiero que sea como cuando papá y mamá nos dejaron. Por favor —imploró mirándolo a unos ojos que reflejaban la misma tristeza que los de ella.

César quería decirle que no, que no iba a permitir que pasara por ese trago de nuevo, pero tenía razón. Si de verdad había perdido la vida en el terremoto, lo menos que podía permitirle era ir con ellos y despedirse. Tenía derecho, todo el derecho del mundo, y no iba a ser él quien se interpusiera. Además, sería parte del rescate, porque, si no iba con ellos, lo haría de manera voluntaria. La conocía y sabía que nada la detendría. Así que, lo mejor era que fuera con él. Así podría tener un ojo en ella, y eso le daría algo de tranquilidad.

—Tienes diez minutos. Date prisa —ordenó sin más.

Teresa alzó la mirada, asintió a modo de agradecimiento y subió las escaleras a toda prisa, como alma que llevara el diablo, y algo así era lo que le sucedía en ese instante. Sentía que lo poco que quedaba de su alma rota se diluía como pequeños copos de nieve al caer y estrellarse contra el suelo.



# CAPÍTULO 1

## THE POEM OF DESTINY

### GRANADA, OTOÑO DE 2022

Estaba agotada pero, a pesar de eso, había aceptado la invitación.

Pronto tendría el examen para formar parte del equipo de rescate. Si conseguía la plaza, sería un miembro de pleno derecho y no un miembro externo que trabajaba con ellos en las misiones de rescate.

Si su padre estuviera vivo, la reñiría sin duda. Estaba segura de que no era lo que deseaba para ella, pero ¿cómo renunciar a algo que corría por sus venas? Tenía muchos miedos que la impedían ser bombero como su hermano, pero podía ser parte de ese grupo especializado en rescate gracias a lo bien que se le daban interpretar planos. No haría trabajo de campo, pero la suya era también una labor muy importante.

Entró por la puerta del cuartel militar en el que se ubicaba el sitio en el que habían quedado. Su hermano César y su mejor amigo, Julio, la esperaban en el bar de siempre.

Sí, lo sabía, incluso a ella, después de tantos años, le seguía pareciendo una crueldad del destino que fueran los mejores amigos y que sus nombres juntos formaran el del gran emperador romano Julio César. Habían sido blanco de burlas durante muchos años, tantos que ni los podía recordar, aunque todo cambió en el momento en que los dos crecieron, y con ellos su estatura y fuerza.

Después del cambio, nadie volvió a atreverse a burlarse de ellos.

Al menos, sus padres habían sido listos y no la habían llamado a ella Cleo, si no..., no quería ni pensar lo que habría pasado en el colegio.

El cuartel militar y el de bomberos se encontraban uno al lado del otro. Igual que la sede del GREA<sup>1</sup>, a la que pertenecía. Por eso, era frecuente que se encontraran en ese lugar, junto al que habían crecido.

El sitio era oscuro y parecía, más que un bar, un laberinto. Tenía varias salas repartidas por la gran superficie y se conectaban unas a otras por estrechos y largos pasillos.

Siempre había creído que era así porque necesitaba sitios y re-covecos por los que escapar o en los que esconderse si atacaban el cuartel militar.

La clientela solía ser la misma: militares, enfermeras y médicos, bomberos y ellos, los del grupo de rescate.

Era ese sitio en el que no se encontraban fuera de lugar. Ese mismo que había sido testigo de sus llantos por el primer desamor o de la tristeza que los sacudió cuando sus padres perdieron la vida en un accidente de tráfico por culpa de un conductor que iba hasta las cejas de alcohol y drogas.

Todavía recordaba cómo fueron los propios compañeros de su padre, los que los tuvieron que sacar de aquel amasijo de hierros en el que se había convertido su vehículo. De aquella tumba de hierro arrugado... Fue un duro golpe para todos.

Algunos de los bomberos más veteranos todavía recordaban aquella fatídica llamada en la que tuvieron que sacar los cuerpos sin vida de un compañero al que habían confiado su vida en otras ocasiones.

A veces se arrepentía de no haber estudiado Enfermería o Medicina, cómo la mayoría de sus amigas, pero no era algo para ella. Se sentía más cómoda frente al ordenador interpretando y creando planos.

1 Grupo de Emergencias de Andalucía: dirigido fundamentalmente a aportar capacidad técnica y logística para las funciones de coordinación in situ a través de los Puestos de Mando Avanzado (PMA), apoyando asimismo las tareas de análisis y planificación previas.

Se encaminaba hacia el pequeño rincón en el que siempre se encontraban, cuando una voz la detuvo.

Su amiga Laura la llamaba.

Giró la cabeza y la vio llegar a toda prisa, con una gran sonrisa en la cara.

—¿Qué tal tu día? Yo vengo agotada... —se quejó a la vez que le daba un par de besos y un fuerte abrazo.

—Malo. Tengo agujetas hasta en las pestañas... —confesó, devolviéndole la sonrisa.

—¿Los has localizado? —inquirió buscándolos.

—Están donde siempre —contestó señalando a su hermano y a Julio.

«Julio...».

No había mujer que no soñara con él, y ella no era la excepción.

Sabía que era algo muy típico eso de enamorarse del mejor amigo de su hermano, pero así se habían dado las cosas. Aunque, para ser honesta, debía reconocer que para él era invisible. Tan solo era la pequeña y molesta hermana de César, lo que la convertía de forma automática en casi una hermana para él.

—¡Joder con Julio! ¿Se puede estar más bueno? —murmuró Laura al verlo sentado en el taburete frente a la barra a la vez que se relamía.

—Supongo que no, y cierra ya la boca, que se te cae la baba —advirtió, cerrándole la boca a su amiga entre risas.

—Es que me pone... Uff, lo que daría por estar aunque solo fuera una puta vez con él.

—Yo también —suspiro en voz tan baja, que las palabras no fueron audibles para nadie más, engullidas por el ruido del local.

Los chicos, al verlas, levantaron las manos para atraer su atención, aunque no fueron los únicos que miraron hacia la puerta. En el rincón más oscuro del lugar, un grupo de soldados, uniformados de manera diferente a los que estaba acostumbrada a ver, lo hicieron también.

Ambas se acercaron hasta donde las esperaban y los saludaron antes de tomar asiento.

—¿Y las demás? —preguntó César.

—Ahora vienen. Se les ha complicado el turno —contestó Laura.

Todos sabían que se referían a las otras compañeras con las que siempre andaban.

Faltaban Silvia y Carmen.

Las cuatro eran amigas desde el parvulario y Teresa era consciente de que no habría superado la pérdida de sus padres sin ellas, y sin Julio, que había estado en esos momentos para sostenerlos a ella y a su hermano César.

—Laura, cada día estás más... —dijo Julio, dejando sin terminar la frase, y dando un sorbo directamente del botellín de cerveza.

—Pues anda que tú... —Sonrió ella, apoyándose en la barra del bar para dejar que su figura destacara en esa posición.

César miró a su hermana, que tragó saliva con dificultad.

Tenía que haberlo superado hacía tiempo. Era consciente de que nunca iba a tener una oportunidad para estar con él. No era su tipo. Era la «enana» del grupo, la hermana pequeña de su mejor amigo. No era nada para él, y punto. Aun así, no podía evitar que algo se agitara en su pecho cuando lo veía con otra. Más, si esa *otra* era una de sus mejores amigas.

—Voy al baño —se excusó.

Su hermano agachó fastidiado la mirada, y dio un sorbo a su tercio.

Teresa se dirigió al baño.

En realidad, no necesitaba ir, y, aunque le molestara reconocerlo, le fastidiaba el hecho de verlo tontear con sus amigas.

Hacía mucho que las había engañado diciendo que no sentía nada por él. Hacía mucho que se había engañado a sí misma diciendo que no sentía nada por él, y que había sido un capricho infantil...

No había servido de nada, porque la mentira tenía una vida muy corta. Sobre todo, si uno se empeñaba en engañarse a sí mismo: no había nada más traicionero que la conciencia.



Caminó por un estrecho pasillo que la llevaría a otra sala en la que había algunas mesas para entrar de nuevo en otro pasillo, más estrecho y sombrío, que daba a los baños. El olor a humedad la hizo arrugar la nariz y se dijo que mejor no pensaba en los bichos que ahora mismo estarían tan felices por debajo de las baldosas ni los que podía haber entre los agujeros de la pared.

No los soportaba. Sobre todo, no podía controlar el asco y el miedo que le daban las cucarachas y las ratas. Era superior a sus fuerzas. A eso debía añadir que las tormentas eléctricas la atemorizaban más que todas las ratas y cucarachas del mundo juntas... Bueno, no tanto. Pero también le daban miedo, y la oscuridad... No, porque no pudiera ver, sino por el hecho de que esos bichos parecían adorar las zonas mal iluminadas.

Y justo en ese instante, en ese mismo en el que se imaginaba toda la fauna que vivía oculta en ese estrecho pasillo, las bombillas parpadearon un par de veces antes de que se fuera la luz.

Eso la dejó sin aire unos segundos. Los que tardó en tranquilizarse y decirse a sí misma que no ocurría nada, que no pasaba nada. Necesitaba convencerse de ello y no entrar en ese bucle de pánico del que, una vez dentro, no sabía salir.

Así que, se decidió a dar un paso y después otro más, para salir de ese estrecho lugar a uno más amplio, uno donde hubiera gente, cuando golpeó algo duro que la hizo perder el equilibrio.

Sabía que iba a darse un buen golpe contra la pared, ya que había perdido el equilibrio y no había nada a lo que aferrarse para recuperarlo, cuando unas manos la atraparon al vuelo y la sostuvieron con fuerza.

Se quedó sin saber qué hacer. Tan solo podía sentir un pecho fuerte a su espalda y su respiración agitada.

Quería alejarse y darle las gracias, cuando un destello azulado iluminaba un cielo que gritaba como si lo partieran en dos.

—¡Joder! —gritó a la vez que se giraba entre los brazos de quien fuera que estaba allí con ella, y hundía su rostro en un pecho seguro.

Una de las manos sostenía su muñeca, la otra permanecía en su cintura.

«¿Sería uno de los chicos de su hermano?».

Quería preguntarle quién era, pero no podía decir nada. Tan solo podía tratar de controlar los latidos de su pecho y su respiración.

—¿Todo bien, señorita? —Escuchó que preguntaba su salvador con acento extranjero. Tan diferente como llamativo. ¿Oriental?

—Yo... yo... —repitió, intentando hablar, aunque no encontró las fuerzas.

Otro destello rompió la oscuridad y la obligó a escudarse en ese cuerpo extraño que era mejor que nada.

—¿Le da miedo la oscuridad o las tormentas? —interrogó con voz suave y con ese acento que le recordaba a paisajes verdes, campos de arroz y playas doradas.

—Las dos... —confesó.

Un escalofrío la recorrió por entero y sus manos, sin previo aviso, se enroscaron en la cintura del joven, obligando al desconocido a soltarla de la muñeca.

Su pecho latía acelerado y el calor entre ambos era intenso.

Debía alejarse, lo sabía, pero no era capaz de moverse. El miedo se cebaba en sus manos, convirtiéndolas en garras que aferraban su presa con fuerza.

Un crujido sonó a lo lejos, y la luz parpadeó.

Teresa despegó la cara del pecho del hombre y alzó la mirada.

Otro parpadeo, que duró justo un segundo, le permitió ver el rostro del desconocido que la sostenía.

Su respiración se detuvo. Igual que el pulso que ya no notaba pegar con fuerza en su pecho ni en su clavícula. Llevaba el pelo tan oscuro como la noche, muy corto, y sus ojos profundos eran igual de sombríos. A pesar de todo, pudo ver que brillaban.

La luz volvió a dejarlos a oscuras y el viento entró ululando con intensidad por la pequeña ventana del pasillo, haciendo que

esta se cerrara y abriera con fuerza, con un golpe mortecino que la hizo encogerse.

El movimiento repentino hizo que él perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás, arrastrándola consigo, hasta que se detuvo gracias a la fría pared.

Su respiración se convirtió en un jadeo por la fuerza del golpe.

—Discúlpeme, señorita. Discúlpeme —repitió con ese acento llamativo, tratando de alejarse de ella.

La luz volvió a parpadear, seguida de un zumbido que les hizo pensar que iba a explotar, hasta que sucedió. Tras un zumbido más, se apagó por completo.

—No..., no te alejes, por favor. No... No soporto la oscuridad —musitó apenas sin fuerzas.

Hacía mucho que no se encontraba en una situación así.

Eran ajenos a todo, incluso al alboroto que se había generado en el local.

Las risas y los cuchicheos se habían incrementado con cada apagón, pero ella estaba ahí, a solas con un desconocido, e inmovilizada por el miedo.

—¿Necesita que busque a alguien o está sola, señorita? —preguntó en voz baja sin apartarse de ella.

No es que resultara ningún problema para él tener entre sus brazos a una mujer hermosa, pero supuso que debía estar incómoda; era un completo desconocido. Aun así, había avistado la desesperación que se agarraba al fondo de sus ojos y que no podía ignorar, a pesar de que lo estaba pasando mal.

Hacía un par de semanas que había llegado, y no había tenido contacto con nadie que no fueran sus compañeros, y mucho menos con una chica..., desde hacía mucho tiempo. Tanto que temía no ser capaz de recordar qué debía hacer cuando surgiera la oportunidad.

Y esa joven le había resultado... interesante.

—¡Teresa! ¡Teresa! ¿Estás ahí? —gritaron al fondo del pasillo.

Ambos giraron la cabeza hacia el lugar del que provenían las voces.

—¿Teresa? —repitió sin soltarla, y sin apartar la mirada de la de ella, aunque apenas podían verse.

Ella no pudo decir nada. Tan solo asintió.

—Joon Lee —murmuró a su vez.

—Gracias, Joon Lee —musitó—. He de irme. Me buscan. Gracias por... el rescate. Adiós, Joon Lee —repitió su nombre, tal vez, por última vez—. Estoy aquí, César —informó a su hermano que, en ese instante, encendió la linterna del móvil y la buscó por el estrecho pasillo.

La linterna se movió de arriba abajo con rapidez. Al ver que todo estaba bien, la cara de su hermano se relajó, hasta que la luz iluminó al soldado que la seguía.

—¿Seguro de que estás bien? —interrogó con la mirada seria, enfocando hacia donde estaba el desconocido.

—Sí, gracias a él —murmuró y, al llegar junto a su hermano, se abrazó a él y le apremió a sacarla de allí.

Joon Lee se quedó mirándolos.

«¿Sería su novio?».

Salió del estrecho pasillo hasta llegar a la sala, y se dio cuenta de que había varias velas encendidas para evitar que la oscuridad se tragara el pequeño lugar.

Regresó a su mesa y se sentó sin perderla de vista.

La pareja llegó junto a sus amigos, y otra joven la abrazó con fuerza. Así que su miedo a la oscuridad no era una pantomima. Era real. Todos parecían preocupados por ella.

—¿Ha pasado algo ahí dentro, Lee? —inquirió su capitán.

Miró a su superior. Siempre lo había admirado. Era firme, pero justo, y siempre, por encima de todo, cuidaba de los suyos.

—No, señor —contestó, pero nadie le creyó, pues sus ojos regresaron donde estaba la joven una vez más.

—Parece que Lee se ha interesado por alguien.

—No digas tonterías. Ya sabes que...

—Sí, lo sé, lo sé... No dejas de repetirlo. Es como si tuvieras que recordártelo a ti mismo —le cortó su compañero, sin dejarle terminar.

Los demás rompieron en risas, que llamaron la atención del resto de clientes. Sobre todo de Teresa que, aunque quería evitarlo, no podía dejar de mirar una y otra vez hacia ese rincón sombrío, en el que unos ojos oscuros brillaban con una intensidad diferente.



# CAPÍTULO 2

## INTO THE NEW WORLD

—¿Quiénes son? —preguntó a su hermano, señalando con la cabeza la mesa que ocupaban los extranjeros. Ya estaba un poco más tranquila tras beber agua.

—¿Los *amarillos*? —interrogó a su vez Julio, inmiscuyéndose en la conversación, de forma despectiva—. Son un grupo militar médico especializado. Están aquí para... dar por culo —masculló hosco.

Teresa se giró hacia él. Estaba claro que no le gustaban los invitados.

—¿Un grupo militar médico especializado? —interrogó más interesada todavía.

Podía divisar con claridad al conjunto de hombres.

Había uno más mayor que el resto, que supuso que sería el de mayor graduación. Incluso sentado se podía ver que era alto y fuerte. Sus facciones eran muy masculinas, tan diferentes a los rasgos que estaba acostumbrada a ver en su día a día.

Todos llevaban el mismo uniforme, pero en ese chico se veía distinto.

Podía ver a tres más, aunque, desde esa distancia y en la posición en la que estaban, le era complicado distinguir sus rostros.

—He escuchado algo en el hospital —añadió Laura—. Al parecer han venido para que el doctor Vals les muestre algunas de sus técnicas para asistir en zonas de guerra. Ya sabéis que se hizo famoso desde aquella intervención en la que cosió la mano amputada a aquel soldado extranjero, cuando habían transcurrido

tantas horas que la mano, en un principio, no podía salvarse por el largo tiempo que había pasado, ya que estuvo sin riego sanguíneo. Sin embargo, pese a que todos le decían que era una operación larga e inútil, consiguió que fuera implantada con éxito y que quedara operativa. Después de aquello, su nombre ha dado la vuelta al mundo y parece que estos... No sé si son chinos, coreanos o japoneses —dudó, cerrando los ojos, como si estuviera tratando de recordar la respuesta correcta—, bueno, no sé de dónde son. Han venido a verlo operar en directo y para aprender.

—Creo que son de Corea. Al menos uno de ellos. —En realidad, no tenía ni idea, pero su nombre no le había sonado a japonés ni a chino. Así que, por descarte...

—Ni idea. A mí todos los acentos orientales me parecen iguales, y ellos también. No soy capaz de ver las diferencias —añadió su amiga, acompañando las palabras con un gesto que a Teresa no le gustó.

—¿Te parecen todos iguales o no eres capaz de mirar más allá de tus narices? —preguntó Teresa con malicia, refiriéndose a la ceguera que su amiga, y para ser honestos ella también, tenía con Julio.

Aunque no pensó en las consecuencias de su comentario.

—¿A ti no? —le interrogó Laura a cambio, logrando que todos los demás estallaran en carcajadas.

—No, a mí no... —murmuró arrepentida.

—Vaya, vaya... La pequeña Teresa ha crecido, y quiere probar comida oriental —murmuró Laura entre risas.

—De vez en cuando está bien variar el menú. Comer siempre lo mismo, acaba por aburrir —musitó mordaz a su vez.

De pronto, la atmósfera se volvió pesada.

Julio la miró por primera vez en muchos años. La miró de verdad.

En ese momento, se dio cuenta de que antes no la había mirado a ella, sino que miraba a la *hermana* de César, pero justo en ese



segundo, había cambiado algo en él y la contemplaba de verdad. A ella. A Teresa.

—Van a estar por el parque de bomberos unos días, así que tendrás tiempo de preguntarles lo que quieras saber. Son coreanos. Un equipo médico militar especializado en emergencias. El capitán es, además, un gran cirujano —aclaró su hermano César, dando un sorbo al botellín de cerveza, sin disimular que las palabras de Julio y Laura no le habían agradado.

Teresa volvió a observarlos y, al hacerlo, su mirada se enganchó con la del soldado del pasillo. Ese con el que había estado tan cerca sin conocerlo; ese al que se había abrazado como si la vida le fuera en ello; ese que la había contemplado con esos ojos de mirada intensa, profunda y diferente.

—No sabía nada. No me habías dicho nada. Ninguno —especificó, obligándose a mirarlos.

Se acercó a la barra del bar y pidió al camarero una botella de cerveza, a la que dio un largo sorbo. De repente se sentía tan sedienta como lo estaría una flor en el desierto.

—En realidad, no eres uno de los nuestros... —comenzó Julio a decir.

—No, no lo soy. Ni lo seré —especificó, cortándolo tajante—. Creo que el GREA va más conmigo. Aun así, te recuerdo que para más de una misión os haré falta.

—¿Sigues empeñada en ser miembro del GREA? —preguntó su amiga, como si eso fuera un capricho pasajero. ¿Es que no la conocían?

—Quiero ese puesto. Necesito tenerlo de forma permanente. Así que sí, me sigo preparando para aprobar el dichoso examen.

Julio dejó escapar una media sonrisa, que ella conocía bien. Anunciaba que llegaba algo que iba a herirla.

No era la primera vez que la utilizaba. No solo con ella, sino con cada chica que le había parecido una presa fácil.

—No entiendo cómo alguien que se queda petrificada en los lugares estrechos y oscuros, y que le dan pánico las tormentas, quiere formar parte de un equipo de emergencias.

Y ahí estaba. El golpe directo al estómago, pero lo esperaba.

Así que, apretó los puños y se mordió la cara interna del carrillo, hasta notar el sabor metálico de la sangre en la boca, y entonces contestó:

—Se te olvida que ya soy miembro de ese equipo. Un miembro externo, es cierto, pero pronto sacaré una plaza propia. Además, os he acompañado a todas las misiones de riesgo a las que habéis acudido y, que yo sepa, te he salvado el culo un par de veces, a pesar de mis miedos. Esos que me dejan petrificada. También te recuerdo que no son los lugares estrechos los que me asustan. Lo que me da miedo es todo aquello que se me puede subir encima como las cucarachas y las ratas. Aunque, bueno, no es como si no viera *ratas* a menudo —incidió en la palabra *ratas*, mientras miraba a los ojos de Julio—. Me pregunto por qué no me he acostumbrado todavía —se defendió.

Sabía que él iba a pillar la indirecta, pues, aunque nunca lo hubiera expresado en voz alta, estaba segura de que Julio sabía con certeza que ella había estado hasta las trancas por él. Que todavía lo estaba, ¿no?

Julio se removió incómodo en el taburete y dio un sorbo a la cerveza.

No le había gustado esa contestación por parte de Teresa, aunque no había dicho nada más que la verdad.

—Bueno, Julio, ella tiene razón. —Se carcajeó su hermano para quitarle hierro al asunto—. Como verás, la enana ha crecido y ya no nos necesita para defenderse.

—Desde luego... —masculló serio.

En ese momento, las luces parpadearon varias veces, hasta que consiguieron permanecer encendidas.

Por fin había vuelto la electricidad.

Los clientes del local empezaron a silbar y a aplaudir con fuerza entre risas, dando la bienvenida a la luz.

Y, a la vez que parpadeaba para acostumbrarse a la nueva iluminación, miró a la mesa de los soldados coreanos.

Ahora podía verlos bien.

Y otra vez se encontró con que el hombre del pasillo también la observaba a ella con curiosidad.

Lo supo, porque su cabeza estaba levemente inclinada hacia la izquierda y su mano acariciaba su mentón definido.

Lejos de retirar la mirada, lo observó con la misma curiosidad que él la observaba a ella. Supuso que también le había llamado la atención, pero lo que no esperaba era que le sonriera y que le hiciera un gesto con la botella de cerveza que sostenía en la mano.

Ahora, con la luz, dejando expuestos la perfección de sus rasgos, mientras le sonreía abiertamente, se dio cuenta de que era un hombre muy atractivo.

—¡Eh, tú! ¿Quieres algo? —increpó Julio, dirigiéndose a ellos con tono amenazador.

Como si lo estuvieran esperando, todos los de la mesa se giraron a la vez para ver quién era el que gritaba a uno de los suyos.

Teresa no supo dónde mirar. Todos tenían algo que llamaba su atención, pero ninguno tanto como el joven que había dicho que se llamaba Joon Lee.

El más maduro se levantó, y dejó boquiabierto a Laura, seguido del otro soldado que parecía algo más mayor que el resto. Se colocó al lado del que, estaba convencida, era el superior, y los demás hicieron lo mismo.

Teresa empezó a hiperventilar.

«¿Iban a pelear? ¿Qué coño le pasaba a Julio? Era un gilipollas, pero lo cierto era que esa noche lo estaba siendo más que de costumbre».

Hasta que el soldado de mayor rango no dio un paso, no lo hicieron los demás.

Verlos así a todos, daba un poco de miedo.

Estaba claro que físicamente no tenían nada, pero nada, que enviarles a los chicos de su hermano. Además, eran altos, algunos mucho más que su hermano o Julio, y eso que ambos rondaban el metro noventa.

—Ya la has liado, Julio —le recriminó su hermano—. ¿Te das cuenta de que solo somos dos, contra todos ellos? —especificó, señalándolos con el botellín de cerveza en la mano, sin disimulo—. Además, no nos lo van a poner fácil. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Joder! Parecen un *book* de modelos masculinos. ¿Son de verdad? ¿Se puede tener tantos músculos? —soltó Laura sin disimular lo impresionada que estaba por el grupo.

—¿Ya no te parecen todos iguales? —le echó en cara Teresa, al mismo tiempo que daba un sorbo al botellín de cerveza.

—Sí, me lo siguen pareciendo, pero no me importa que sean clones si lucen así... —confesó entre risas.

—Buenas noches, soy el capitán Shin, y estos son mis chicos: mi segundo de a bordo el teniente mayor Wook Dong, los cadetes Joo Nam y Soo Kim, y el que ha ayudado a la señorita con su ataque de pánico —especificó a la vez que le sonreía—, es el teniente Joon Lee. Creo que trabajaremos juntos a partir de mañana, ¿cierto? —preguntó, dejándolos a todos sin saber qué decir.

Desde luego que no se esperaban que se acercara a ellos para formalizar una presentación, y para dejar constancia de que uno de los suyos había ayudado a una de los de ellos. Ni que hablaran su idioma con tanta fluidez.

El capitán hizo el saludo militar a César. Eso sí que no se lo esperaban para nada.

Laura se atragantó y Julio se quedó sin saber dónde mirar, avergonzado.

—Hola, soy Teresa, y el que ha parecido quedarse sin lengua, es mi hermano. Es el teniente César Soler. Encantada —se presentó extendiendo la mano.

Todos los soldados esperaron a ver la reacción de su superior.

Cuando este extendió la mano y la estrechó, lo hicieron uno detrás de otro.

El último fue Joon, que se demoró algo más de lo cortés en el saludo.

—Teniente Soler, para servirlos —reaccionó por fin su hermano—. Él es mi segundo al mando, el subteniente Julio Bravo, ella es Laura, enfermera del Hospital Universitario, y a mi hermana Teresa ya la conocen.

Joon no perdía detalle de lo que sucedía.

No había pasado desapercibido para él cómo había sido la única con coraje para hablarles y cómo se había sonrojado por la actitud inesperada de su capitán. Sobre todo, no había perdido detalle de que el chico que la había buscado en el baño era su hermano.

Eso le hizo esbozar una pequeña sonrisa de medio lado que trató de disimular. No solo para los demás, sino también para él mismo.

«¿Por qué demonios le había alegrado escuchar eso?».

—Espero que trabajemos en armonía desde mañana. Estamos ansiosos por aprender de su equipo. Tienen fama reconocida por todo el mundo —continuó el capitán.

El halago gustó a su hermano que sonrió y pidió una ronda de Milnos<sup>2</sup> para todos.

En un abrir y cerrar de ojos, se vio rodeada de hombres que no conocía.

Recordaba algunos nombres, ¿verdad? Era complicado, porque solo los había escuchado una vez, pero le sonaba un tal ¿Kim? ¿Wook? ¿O era el wok un tipo de comida?

Bueno, si iban a trabajar juntos, ya tendría tiempo de aprendérselos.

El que no olvidaba, era el de él.

Joon Lee.

Le gustaba cómo sonaba. Le gustaba su mirada huidiza.

Despertaba en ella un interés que, hasta ese momento, solo había sentido con Julio, y estaba nerviosa.

Se había sentado justo a su lado y, de vez en cuando, cuando se movían inquietos en el taburete, sus rodillas se rozaban, y ella sentía cómo la energía la recorría y estallaba en su piel.

---

2 Manera coloquial de llamar a la cerveza Alhambra Especial 1925.

Laura no dejó de hablar con todos ellos.

Podía comprenderla.

Eran comedidos, agradables, tímidos, a pesar de su apariencia tan feroz. Eran como lobos domesticados. ¿Y a qué chica no le gustaba eso? ¿Ser la Caperucita que conquistaba al gran lobo feroz?

—¿Está más tranquila, señorita? —preguntó en voz tan baja, que solo ella pudiera oírla.

Eso le recordó lo sucedido y la hizo sentir incómoda.

Movió con nerviosismo la botella de cerveza entre sus manos y la observó girar entre ellas.

Después, alzó la mirada para encontrar la de él, que la esperaba paciente.

—Sí, de nuevo muchas gracias..., por lo de antes —murmuró, refiriéndose a ese prolongado abrazo que aún permanecía tibio en su piel.

—Ha sido... un placer —contestó, a la vez que esbozaba una sonrisa, inclinaba de nuevo la cabeza hacia la izquierda y acto seguido daba un trago.

Y necesitaba ese trago, y muchos más. Todavía notaba la sombra de su cuerpo contra el suyo. Era como si el recuerdo se negara a desaparecer y se empeñara en persistir.



El calor tampoco había perdido intensidad.

Había sido tan... extraño, y a la vez tan agradable tenerla contra su pecho, usándolo de refugio. ¿Estaba loco?

Si le había parecido bonita en el pasillo, ahora, bajo la luz, y con esa mirada tímida, le parecía preciosa.

Tenía el pelo oscuro, los ojos verdes, la tez pálida y sus curvas eran suaves; muy alejada de las bellezas de su país. Eso era lo que más llamaba su atención.

Parecía fuerte. No, era fuerte.

Podía ver, incluso bajo la ropa, lo definidos que eran sus músculos, y dedujo que hacía algún tipo de trabajo que le requería estar en forma. Aun así, parecía tan frágil..., como a punto de romperse. Le recordó al cristal: transparente, duro en apariencia, pero delicado.

No la conocía. Aparte de que le parecía muy fuerte, no sabía nada de ella.

Sin embargo, cuando se había aferrado a él con uñas y dientes en el estrecho corredor, sus ojos le dejaron atisbar esa debilidad que tenía, y ese era el motivo por el que pensaba que era frágil.

La conversación continuaba a su alrededor, pero no era capaz de enfocarse en nada de lo que decían. Tan solo era consciente de ella y de cada uno de sus movimientos, de cada gesto, por pequeño que fuera.

«¿Qué tenía de diferente para atraer tanto su atención? ¿Volvería a verla?».

—Lee... Lee... —de repente se dio cuenta de que lo llamaban a él—. ¿En qué estás pensando que no escuchas? —interrogó el joven que lo llamaba entre risas, mirando a Teresa. La culpable de su distracción. ¿Tan evidente era?

—Nada. ¿Qué sucede?

—El teniente se ha interesado, en concreto, por tu trabajo. Quiere saber cómo ha sido participar en una operación junto al gran doctor Vals.

—Bueno... —comenzó y se llevó la mano a la cabeza—, ha sido fácil, porque es muy buen maestro, y también interesante. He aprendido mucho sobre sus técnicas y me ha ayudado a darme cuenta de algunos errores que cometía en las mías.

—No te restes méritos, teniente —lo increpó su capitán—. Aunque es joven, es un gran doctor. Es disciplinado y brillante. Ha salvado a más de uno de los nuestros que parecían no tener esperanza. Además, ha realizado operaciones en el mismo lugar de

la catástrofe. Intervenciones que muchos otros no hubieran sido capaces ni de imaginar. Es uno de nuestros mejores hombres.

Escuchar a su superior hablar así de él, le hizo sonrojarse y bajar la mirada, pero no por ello, dejó de darse cuenta de que Teresa lo observaba con atención, y con un brillo en su mirada que no estaba antes.

—Solo hacía mi trabajo —contestó en voz baja.

—Será un gran honor para nosotros trabajar con vosotros. Estoy deseando empezar —confesó César con admiración.

—Yo también estoy deseando ver qué es lo que realmente pueden hacer... —masculló Julio de malhumor. Al parecer no le agradaba no ser el centro de atención por una vez—. ¿Vamos, Laura? Te acompañaré a casa, es tarde.

Esta no dejó pasar la oportunidad que se le presentaba.

Se despidió de todos sin más, y se marchó del brazo de Julio, observada por varios pares de ojos.

—¿Su hermana a qué se dedica? —preguntó el que era el segundo al mando, señalándola con la botella de cerveza.

—Ella...

—Manejo ordenadores —cortó a su hermano. No entendía por qué, si estaba presente, hablaban de ella como si no lo estuviera.

César sonrió igual que Joon Lee.

Estaba claro que no le gustaba que la trataran de forma diferente a los hombres.

Tomaría nota.

—Es un cerebritito. Se le da genial todo lo relacionado con las nuevas tecnologías. No hay nada que no pueda hacer si tiene el equipo adecuado.

Escuchar a su hermano hablar así de ella, le hizo sentir un pellizco en el pecho.

Muchas veces se preguntaba si lo estaba haciendo bien, y ahora tenía la respuesta de los labios de su hermano. Si él estaba orgulloso, sus padres también lo estarían con seguridad, allá donde estuvieran.



—Así que inteligente y bonita —soltó el que creía que se llamaba Kim.

El comentario le sacó una sonrisa y él, a cambio, se llevó más de un codazo y regaño por parte de sus compañeros.

—¿Dónde se alojan? —interrogó César, y supuso que fue para desviar la atención.

—Aquí. En las instalaciones del cuartel militar.

César asintió. Era razonable. ¿En qué mejor lugar?

—Nosotros nos retiramos ya. Es tarde y mañana empieza temprano la acción.

Los soldados asintieron con la cabeza, y justo cuando Teresa se levantaba de la silla, escuchó que él preguntaba en voz baja:

—¿La volveré a ver?

Teresa no supo qué decir.

Al incorporarse, su mano había rozado la del soldado y el calor la recorrió como una corriente eléctrica.

Antes de abrir la boca, César la agarró de la mano y tiró de ella. Así que, su respuesta quedó flotando en el aire, sin que él llegara a escucharla.